

# La casa manchada de sangre



Hace 400 años España era el país más temido en Europa. Su rey, Felipe II, puso sobre Holanda un gobernador cruel. Por fin los holandeses se sublevaron bajo el mando del héroe de la patria, Guillermo de Orange.

Cuando los españoles comprendieron que podrían perder su dominio, se volvieron todavía más despiadados. Todos sabían que en cualquier momento la ciudad de Rotterdam caería a espada. Una mañana, se oyó el anuncio: “¡Los españoles han llegado! ¡La flota está anclada en el río!” El miedo se apoderó de todos.

Se presentó en el muelle un oficial con una carta para el alcalde, avisándole que el almirante necesitaba atravesar la ciudad, sin molestar a nadie, a fin de juntarse con el resto del ejército. Temían que fuera una trampa, pero les concedieron el permiso, y el mensajero volvió al barco.

Uno de los hombres más ricos, cuya casa estaba frente a la plaza principal, desconfiaba de la palabra del almirante y, junto con su esposa, empezó a transformar su casa en refugio. Trabajando con frenesí, los dos sacaron los muebles de la casa al patio. Quebraron los vidrios y cerraron las puertas de modo que la mansión parecía estar abandonada. Luego invitaron a sus amigos y vecinos a que se refugiasen bajo su techo. Se llenó la casa, incluyendo el sótano.

Apenas llegaron los españoles hasta la puerta de la ciudad cuando el mismo almirante mató al guarda, dando así la señal a sus soldados. Empezaron la matanza, calle por calle, casa por casa, sin dejar escapar a nadie. Por doquier se escuchaban gritos que hacían temblar al más valiente, pero en la casa no se oía ni el más leve sonido.

Al llegar los soldados a la mansión mencionada, se detuvieron frente a la puerta. Dijo uno: “Miren, sangre corre debajo de esta puerta; los compañeros ya pasaron”. “Tomemos esta otra calle”, fue la respuesta, y con estas palabras se fueron.

¿Sangre debajo de la puerta? ¿Qué había sucedido? El dueño de la casa había matado un cabrito junto al umbral, dejando la sangre correr debajo de la puerta y por las gradas. Fue esa sangre la que vieron los invasores, y así se salvaron todos los refugiados.

Esta mancha de sangre nos recuerda a los israelitas cuando esparcieron la sangre del cordero en los postes de sus puertas. Dios había dicho: “Veré la sangre y pasaré de vosotros, y no habrá en vosotros plaga de mortandad” (Éxodo 12.13).

Ahora, para nosotros el refugio es Jesús; sólo Él puede salvar de la condenación de nuestros pecados, la muerte segunda. Así como la sangre del cabrito salvó a los holandeses en aquella casa, la sangre que Cristo derramó en la cruz hace seguro al que confía en Él. “La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1.7).

Sra. Doris

